

Transparencia y opacidad de los signos

JORGE LOZANO (ed.): *Secretos en red. Intervenciones semióticas en el tiempo presente*, Madrid: Sequitur, 2014. 198 pp.

Este libro de autoría colectiva en torno a los secretos y las revelaciones en internet tiene su origen en un hecho que no pocos consideran epocal, en tanto parece abrir el mundo de las comunicaciones públicas a una nueva era de diaphanidad forzosa: las filtraciones de Wikileaks en 2010. En efecto, tal como se indica en la breve presentación de la obra, la filtración conocida como *Cablegate* de 250.000 documentos del Departamento de Estado de EE.UU. y su ulterior exposición pública en una web accesible a cualquier usuario puso al Grupo de Estudios de Semiótica de la Cultura (GESC), que ya se encontraba estudiando la construcción social de los acontecimientos, sobre la pista de un nuevo escenario en torno al secular conflicto entre secreto y transparencia. El grupo de investigación dedicó el quinquenio que va de 2010 a 2014 a profundizar en esta senda con el congreso sobre Wikileaks *Secreto y transparencia*, celebrado en la Fundación Ortega-Marañón, además del encuentro «¿Transparencia?» que tuvo lugar en El Escorial, así como con un seminario permanente de composición internacional; de todos ellos, junto a la aportación de autores cercanos al GESC, nace la serie de artículos que componen una obra repleta de interrogantes, sugerencias y reflexiones de primer orden. Jorge Loza-

no, Marcello Serra, Luis Pablo Francescutti, Maria Albergamo, Rayco González, Paolo Fabbri, Umberto Eco, Alberto Abruzzese, Maurizio Bettini, Denis Bertrand, Jacques Fontanille, Joshua Meyrowitz y Magalí Arriola van articulando sus reflexiones a lo largo de esta obra que pretende constituirse en registro proyectivo del terremoto político causado por la audaz empresa de William Asange.

La promisorio idea de que las filtraciones masivas de datos documentales sobre la política exterior de Estados Unidos, la mayor potencia mundial, supondría el fin del secreto de Estado, y, por añadidura, la realización hasta hace poco inimaginable de la transparencia integral en el sistema político, la desarrolla Luis Pablo Francescutti en su aportación «Wikileaks: Transparencia total». Francescutti se centra en la significación política del libre acceso ciudadano a la información sobre el funcionamiento cotidiano de las instituciones. Alcanzar el máximo grado de conocimiento público de cuanto a todos compete implicaría cumplir el sueño entre utópico e iluminista de la publicidad como garantía de la justicia, un sueño expresado tanto en el principio ético-político de publicidad (*Öffentlichkeit*) de Kant: «Son injustas aquellas acciones que se refieren al derecho de otros hombres cuyos principios no soportan ser publicados», como en la máxima de Bentham: «donde no hay publicidad no hay justicia». Las tinieblas del Poder (Adorno, Horkheimer) y su tendencia al oscurantismo habrían sido, según ese ideal burgués e ilustrado, finalmente vencidas por la publicidad abierta a la opinión pública, al parlamento y la prensa (Habermas). La exposición abierta del proceso de gobierno situaría al pueblo por encima de sus representantes, tal como simboliza la arquitectura transparente de Norman Foster que permite a los visitantes de la cúpula del nuevo Reichstag contemplar desde su plataforma la sala de Plenos del Parlamento Federal que ocupa el nivel inferior. La doctrina de la Razón de Estado, que desde el siglo XVI había forjado una hermética armadura conceptual para defender la sigilosa discrecionalidad del Príncipe, habría prescrito gracias no ya a Wikileaks, sino a la tendencia que Wikileaks culmina. Tal propensión histórica iría concediendo a los ciudadanos de más y más países el derecho a la libre consulta de los documentos oficiales, bien por iniciativa del gobierno, desde la Ley de acceso a la información en Suecia de 1766 («toda persona tiene derecho a leer

los documentos de las autoridades públicas», dicta esta acta pionera del siglo XVIII) a la Ley de Libertad de Información de Estados Unidos de 1966, pasando por la actual proliferación de normas legales homólogas en otros países, bien como efecto imparable de los medios de reproducción contemporáneos, desde una televisión que desdibujó los límites entre escenario y bastidores (*front stage / backstage*) al operar sus cámaras tras la escena de la gestión política (Joshua Meyrovitz), hasta las filtraciones de los piratas informáticos y las delaciones de los *whistle blowers*, esos heroicos empleados arrepentidos que, como Daniel Ellsberg al fotocopiar los Papeles del Pentágono, Mordejái Vanunu al desvelar el arsenal secreto israelí (1986) o el propio soldado Bradley Manning al transferir a WikiLeaks los cables de la embajada de su país, han convertido en tarea imposible mantener en secreto aquellas informaciones que, como decía Kant, «no soportan ser publicadas».

La transparencia se habría convertido así es un instrumento de control ciudadano sobre el poder, que permite preservar los intereses generales respecto a posibles intereses particulares del gobierno o el partido gobernante, y ello con una doble función: por una parte, la de disuadir de las malas prácticas a los servidores públicos por el temor a ser descubiertos, y por otra, la de facilitar a los ciudadanos los medios para detectarlas y corregirlas.

Ahora bien, ¿es este proceso tan unívoco? ¿Nos encontramos ante el cambio de paradigma de las comunicaciones públicas tras un progreso estable hacia la transparencia integral? Parece prudente adelantar que no; que las cosas no son tan sencillas ni, en su caso, tan hermosas. En primer lugar, el ideal habermasiano de un discurso transparente (*öffentliche* o público en tanto abierto), horizontal y democrático, se encuentra tan lejos de la realidad empírica y tan cerca de los supuestos comunicativos ideales de Habermas o Apel como siempre lo estuvo. Y ello debido a ciertos caracteres estructurales de la comunicación humana. Abundando en lo ya expuesto por Georg Simmel hace un siglo, la dialéctica entre conocidos y desconocidos, compradores y vendedores, seductores y seducidos o dominadores y dominados sigue sin experimentar una variación esencial desde los primeros registros escritos. La confianza y la desconfianza mutuas, como señala

Rayco González en su artículo «La sospecha. Una historia de las intenciones», merece ser objeto de una historia *sin fin* que acogería tanto la relación entre delincuentes e investigadores como entre peritos y falsificadores y, sobre todo, entre gobernantes y gobernados. Pues todo poder se mantiene mediante una combinación de autoridad y persuasión. En la misma línea discurre el artículo altamente teórico de Denis Bertrand sobre el secreto y la retórica, dos realidades intemporales que no varían sino en la vestimenta narrativizada de una realidad más profunda que se caracteriza por la inaccesibilidad estructural (p. 137). Los dueños del poder y el dinero pueden así refugiarse fácilmente, siguiendo la lógica contemporánea de las relaciones públicas, en una ostentosamente expuesta «transparencia estratégica»: una ley de transparencia aprobada a regañadientes por un gobierno opaco con la principal intención de ocultar unos *arcana imperii* que han dado un paso atrás para volverse aún más discretos que antes, o bien un reglamento de transparencia financiera diseñado para tranquilizar a los accionistas o impositores inquietos ante los ambiguos síntomas de una realidad que se les escapa, tal como detalla Jacques Fontanille en su artículo «Semióticas de la transparencia». A estas condiciones intemporales del secreto comunicativo se añaden los procesos que van en dirección precisamente opuesta a la de la diafanidad. Así, en respuesta a preguntas de Marcello Serra («Entrevista a Paolo Fabbri»), Paolo Fabbri señala que es el mundo contemporáneo el que ha desarrollado el fenómeno del camuflaje. En tiempos anteriores, las guerras se hacían *abiertamente*. Había dos frentes opuestos y nadie sabía nada del otro frente sino a través de los espías. Hoy día, sin embargo, los aviones que sobrevuelan territorio enemigo han obligado a camuflar no sólo el frente sino todo el territorio. Ahora bien, ese juego dialéctico operaba ya en el nivel de la biología, pues los microorganismos que penetran en el cuerpo humano aprenden a ocultarse con diversos disfraces y estrategias ante los anticuerpos (p. 89). Tal evolución sinérgica de las oposiciones entre poder y contrapoder es, por tanto, infinita, como sabía Georg Simmel, en tanto la propia naturaleza humana se compone de competencia y colaboración: «Estamos hechos de tal forma que no sólo precisamos [...] una determinada proporción de verdad y error como base de nuestra vida, sino también una mezcla de claridad y oscuridad».

Nos hallamos ya ante la inesperada complejidad del fenómeno representado por la clepsidra como símbolo de Wikileaks, sutilmente estudiada en el artículo de Maria Albergamo, complejidad bien presente en el artículo de un Alberto Abruzzese a quien el advenimiento de la transparencia no hace feliz; invoca la etimología de «revelación» como «apocalipsis» (p. 108), denomina «pirata informático» a Assange y «delaciones anónimas» a las filtraciones de su servidor (p. 110), para terminar preguntándose: «¿hasta dónde puede llegar la *violación* de los secretos de Estado?» (p. 116). El artículo de Umberto Eco apunta en dirección parecida al señalar un mundo en que la molesta transparencia incomodará tanto a gobernantes como a gobernados; los Estados que utilicen la Red para mantener a salvo una información reservada han de saber que están pegando un cartel en la esquina de una calle, pero en contrapartida los usuarios particulares tampoco pueden ignorar ya que sus conversaciones telefónicas han dejado de ser discretas (p. 99). Las relaciones privadas e íntimas se encontrarían así más amenazadas que nunca.

La voluntad del poder por mantenerse en el mando augura nuevas recámaras de opacidad, del mismo modo que la voluntad de la vida por ocultarse augura nuevas formas encriptadas de comunicación entre los ciudadanos. La imposibilidad de un control total a los modos panóptico benthamita o televisivo orwelliano queda probada por las cámaras de videovigilancia; como nos advierte Francescutti, no hay operadores (humanos) en el mundo para ver *todo* lo que registran las cámaras: «sólo se visionan las grabaciones de aparatos ubicados donde se *cree* que pasó algo; el resto «observa» y registra para nadie» (p. 55). La reserva sobre el «cambio de paradigma comunicativo» quedaría cifrada en la conclusión del artículo de Jorge Lozano «250.000 documentos», que viene a señalar la condición de signo de todo documento y la naturaleza opaca de todo signo, aun cuando haya sido «revelado». Frente al algoritmo forzado en virtud del cual a más información sólo puede seguirle más transparencia, y a más transparencia, más democracia, Lozano opone un «a más transparencia, más opacidad». La lucha inmemorial entre transparencia y opacidad continúa. —MIGUEL CATALÁN